

SIN CARA

Giovanni Muñoz



© Sin Cara
Sello: Voz
Primera edición: Mayo 2021

© Giovanni Muñoz

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de Portada: José Canales
Edición Literaria, Corrección de Textos y Estilo: Aldo Berríos



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6021-59-9
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-2332

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Uno no alcanza la iluminación fantaseando sobre la luz sino haciendo consciente la oscuridad... lo que no se hace consciente se manifiesta en nuestras vidas como destino.

Carl Jung

Capítulo 1

Cumpleaños feliz

Una fría tarde de agosto, el viento pasaba entre las ramas desnudas de los árboles. Eloísa iba de compras junto a su hermano pequeño, Esteban. Iban a la cena de cumpleaños de un pelirrojo que cumplía diecisiete, el hermanastro de ella. Después de las compras, pasaron frente a una vitrina de artículos electrónicos. Esteban centró su atención en el *stock* de videojuegos, mientras Eloísa se quedaba pendiente de los televisores, que justo a esa hora daban las noticias:

Pierrot ataca de nuevo. Estos últimos meses se ha sorprendido a un grupo de antisociales robando supermercados, centros comerciales e incluso hogares a altas horas de la noche. Esto se ha asociado a múltiples desapariciones. Pedimos a todos mantener la calma, aunque les advertimos que no salgan solos y que se cuiden entre vecinos.

Los televisores reproducían las grabaciones sobre los Pierrot, unos encapuchados que se escondían detrás de máscaras de payasos. El reportero daba a conocer ciertos detalles, mientras al lado derecho de la pantalla mostraban grabaciones de los vándalos, que trepaban sin ningún esfuerzo por las murallas y se echaban a la fuga

saltando entre los techos. Eloísa se veían impactada con esas imágenes: las cámaras habían captado el momento exacto en que uno de los enmascarados atravesó como si fuese un fantasma un bus que transitaba por la calle a gran velocidad.

—Dementes —comentó una pequeña al lado de Esteban, haciendo que el niño también girara hacia un televisor para saber de qué hablaba.

—Anita, ¿qué haces aquí tan tarde? —preguntó con asombro Esteban. Ya eran pasadas las ocho, demasiado tarde como para que una niña de siete años anduviera sola por el centro de la ciudad.

—Nada especial —respondió ella sonriendo—. Solo espero a mi madre. —Hizo una seña con su pulgar hacia sus espaldas—. Fue de compras hace unos minutos y aún no vuelve. —La pequeña hizo una pausa para mirar con ojos despectivos a Eloísa, la cual se encontraba sosteniendo las bolsas como si se tratase de una mula de carga—. ¿Y tú, qué haces a estas horas en el centro?

—Acompaño a mi hermana a comprar cosas para un cumpleaños. Le daremos una sorpresa a nuestro hermano —respondió el castaño, girando para ver el rostro de frustración de su hermana mayor, ya que era demasiado tarde para llegar antes que Felipe—. Debo irme, se nos hace tarde.

—¿Acaso dijiste cumpleaños? —respondió Anita—. ¿Habrá pastel?

—Yo creo.

—¿Puedo ir con ustedes? Mi mamá todavía no llega y tengo demasiada hambre. Prometo portarme bien...

—No. Lo lamento, pero no quiero tener problemas con tus padres —interrumpió Eloísa—. Espera tranquila

a tu madre, que ya debe estar por llegar. —La castaña había tenido un largo día en el instituto, luego tuvo que ir a buscar a Esteban al colegio para hacer las compras y aún debía preparar la cena antes de que los familiares llegaran. No tenía tiempo de preocuparse por niños ajenos—. Vamos, Esteban. Otro día hablarás con tu amiga.

—Lo siento, Anita, debo irme o mi hermana se enojará mucho conmigo —respondió cabizbajo.

El camino de regreso no fue fácil. Para su pésima suerte pasaron dos buses echando carreras y ni siquiera se molestaron en parar. No fue hasta el tercero que pudieron subir y recorrer el camino que se conocían de memoria hasta su hogar. “Hoy no es mi día”, pensaba Eloísa.

Los hermanos llegaron a eso de la nueve de la noche y entraron al departamento. Solo les quedaba rezar para que los invitados y sus padres no estuvieran adentro.

—Apresúrate, Esteban, se nos hace tarde y Felipe estará acá en cualquier momento —dijo Eloísa, notando que las alfombras estaban empolvadas de harina; las paredes lucían manchas de chocolate y se oía un escándalo en la cocina.

Eloísa se quedó boquiabierta. El comedor del departamento estaba hecho un desastre, como si hubiese sido el campo de batalla de una guerra de comida. Tratando de mantener la calma, la castaña procedió a cerrar la puerta principal, dando unos pasos con mucho cuidado para no resbalar con la mezcla de merengue que se encontraba tirada en el piso. Dejó sobre la mesa del comedor los víveres.

—¡¿Qué pasó aquí?! —gritó Eloísa, mientras caminaba por el pasillo.

A medida que se acercaba a la cocina, sintió un olor a quemado. Podía ver que la mezcla de los *bowls* estaba pegada hasta en las murallas. Una nube negra sobresalía del horno. Todo era un escándalo, pero nada opacaba una discusión que se llevaba a cabo en medio de la cocina.

—¡Suéltame, te dicen!

—Quédate quieto, solo trato de quitarte el huevo del cabello.

—¡Arruinaste todo, déjame!

—¡Esto no hubiera pasado si no me hubieras echado la harina encima! Oh... hola. Soy José, compañero de Felipe. Tú debes ser su hermana mayor. Qué linda —dijo el chico de cabello azabache mientras extendía su mano derecha, la cual se encontraba llena de chocolate derretido. El joven estaba tan nervioso, que hasta había olvidado que la familia del pelirrojo ya lo conocía.

—Ya era hora que llegaras —agregó Felipe, con su pelo rojo como un nido de aves, gracias a la mezcla de cáscaras de huevo con harina—. ¿Qué harás para cenar?

Eloísa no dijo palabra alguna, es más, lo único que hizo fue cruzarse de brazos y dedicarle una mirada amenazante al pelirrojo, quien captó la indirecta.

—Esto... no es lo que parece. Todo lo que ves aquí es imaginación tuya.

—No me dijiste que traerías alguien a casa —dijo la castaña.

—Eloísa, sé lo que estás pensando —respondió Felipe enseguida—. Quieres matarme, lo sé, lo entiendo. Pero todo esto fue en defensa personal. ¿Ves a ese imbécil? —dijo, señalando de forma indiscreta a José—. Yo solo era un inocente, pacífico y apuesto joven haciendo postres caseros, hasta que al muy hijo de perra se le ocurrió

ahogarme en chocolate. Y obviamente, yo no iba a dejar pasar tal insolencia.

—¡Solo te salpiqué una gota! —interrumpió el azabache, levantando ambas manos en señal de molestia—. ¡Tú fuiste el que me dio un puñetazo de vuelta!

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Luego de eso, tomé una pizca de harina y se la lancé en la cabeza. Espera —se detuvo Felipe, tras ver el rostro molesto de Eloísa—, sé lo que parece, tal vez fui... un poco arrebatado, pero ¿sabes lo que hizo este imbécil? —dijo otra vez, apuntando hacia el otro chico—. Me lanzó el *bowl* completo de harina en la cabeza. Entonces, dime tú. ¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Quedarme parado ahí como un idiota? No, eso nunca. Tomé un poquito de chocolate y tal vez, solo tal vez... se lo lancé en la ropa.

—¿Eso luce como un poquito? —respondió José al instante con indignación, enseñándole las paredes—. Eloísa, querida, no le creas, él...

—Bueno, tal vez no fue un poquito, tal vez fue mucho. Pero tú tiraste mi celular a esa horrible mezcla para *pie* de limón. ¡Oh!, y eso no es lo peor, también me lanzaste contra la cocina. ¿Sabes lo que eso significa? Tú de verdad quieres arruinar mi hermoso rostro, José, si tuvieras un poco de consideración y sentido de compañerismo no lo hubieras hecho, pero no, eres un egoísta que solo piensa en sí mismo. Solo era un poquito de chocolate.

Eloísa aún no era capaz de decir nada. ¿Cómo era posible que su hermanastro fuera capaz de improvisar tal respuesta?

—Muy buena esa, hermano, jamás se me habría ocurrido —comentó entre carcajadas esta vez el pequeño Esteban, quien ya no podía aguantar más la risa.

—Dame un par de minutos —continuó Felipe, acto seguido miró al azabache y corrigió—. Danos. Limpiaremos todo esto y haremos como si no hubiera pasado nada.

—Antes que todo —interrumpió Eloísa, apuntando hacia el horno—. ¿Qué se supone que estaban haciendo?

—Postres para la reunión de padres —respondieron ambos al mismo tiempo, y dos segundos después se miraron aterrados y dijeron al unísono—: ¡Los postres!

Corrieron, pero ya era demasiado tarde. Lo que antes eran unos deformes *muffins* de chocolate y unos extraños *pie* de limón, ahora eran lo más parecido a unos enormes trozos de carbón. Toda una abstracta obra de arte que, como muchas, sería tristemente incomprendida hasta el final de los tiempos.

—¡Eres un inútil, dejaste que se quemaran! —gritó Felipe a su compañero, el cual lo miró molesto.

—¿Yo dejé que se quemaran? Si no fuera por tus payasadas no estaríamos metidos en esto —reclamó José de vuelta.

—Dejen de tratarse así —les reprochó Eloísa, que ya se estaba aburriendo de tratar con el par de chicos.

—Exacto —agregó Felipe—, deja de tratar de esa manera a tu amigo. Mira el daño que me hacen tus palabras.

—Tú también, Felipe. Mi hermana tiene razón —dijo Esteban—. Deberías dejar de tratarlo así cada vez que viene.

—¡Maldita sea, no lo defiendan! —contestó Felipe, victimizándose—. Es un maldito demonio. ¿No lo ven? Él disfruta ponerlos en mi contra.

—Eres la reina del drama —agregó esta vez José entre risas.

Luego de la enorme escena teatral que armaron ambos chicos, todos procedieron a ordenar. Después fueron a ducharse para ayudar a Eloísa a preparar la cena.

—¿Tu amigo pasará la noche aquí? —preguntó Eloísa—. Es jueves. Mamá y papá llamaron, llegarán tarde otra vez y nuestros invitados... no contestan sus celulares —dijo mientras hacía una pausa para ver a su hermanastro—. Tranquilo, es tu cumpleaños, podríamos divertirnos —les propuso cuando los vio llegar al living, secándose el pelo con las toallas.

—Yo... no quisiera quedarme —contestó José de forma cortés.

—¿No quieres? Pensé que a eso venías —dijo Felipe, arqueando una ceja mientras lo miraba.

—Vaya, a ti de verdad no se te escapa nada. Está bien, me quedaré, pero esta vez no dormiré en la alfombra.

Todo marchaba perfecto, las horas pasaban. Los jóvenes cenaron y jugaron unas partidas de un videojuego junto a Esteban. Las cosas marchaban de maravilla, hasta que un corte de luz en el barrio los dejó a oscuras.

—Bueno... entonces contemos historias de terror —propuso Felipe, mientras iluminaba la sala con su celular.

—Mmm... —soltó José—. Creo que no es buena idea, tu hermano podría asustarse. Además, ya son la una de la mañana. ¿Y si esto fuera obra de los Pierrot?

Toc, toc.

Sin previo aviso, el sonido de la puerta había cortado la conversación. Los jóvenes se quedaron estáticos.

Toc, toc.

La puerta volvió a sonar, pero esta vez los golpes fueron mucho más fuertes.

—Felipe, ¿puedes ir a ver quién es? —preguntó Eloísa, mientras giraba para ver a su hermanastro. Entonces se dio cuenta que el pelirrojo se escondía tras la espalda del pequeño Esteban—. ¿Qué haces ahí? Primero nos propones que contemos historias de terror y con un simple golpe de puerta te escondes detrás de tu hermanito. —Dio un largo suspiro—. En fin, iré yo misma. Gracias, Felipe, eres el hombre de la casa.

Eloísa abrió la puerta principal con rabia, entonces vio a la pequeña vecina del apartamento de al lado, la cual no espero ni siquiera un segundo para contarles que sus padres desaparecieron tras el apagón.

—No te preocupes, Karin, siéntate aquí —dijo de manera amigable Esteban, señalando el cojín a su lado—. Llegas justo a tiempo, los chicos van a contar historias de terror.

—Con permiso —los interrumpió Felipe, sentándose junto a Esteban y corriendo de forma brusca a la vecina—. Soy el cumpleañosero, y por lo tanto yo decido los puestos.

—¡Hey! Es una niña, no la trates así —reprochó Eloísa, tras ver cómo el pelirrojo la había hecho a un lado.

La pequeña hizo una mueca de disgusto hacia Felipe y tomó asiento al lado de José.

—No eres divertido —dijo haciendo un puchero.

—Bueno. ¿Qué pasó con tus padres, Karin? —preguntó Eloísa en cuanto se adentró en el círculo.

—Yo estaba acostada y de repente se apagó la luz. Grité y al ver que mis padres no aparecían, me levanté y vine enseguida —contestó la pequeña con voz quebradiza. Estaba temblando.

—Ponte cómoda hasta que lleguen —dijo Eloísa—. Felipe iba a contar una historia de terror, pero si te asustas no dudes en decirme.

—Bueno.

Entonces Felipe empezó su relato:

—Érase una vez un grupo de personas como nosotros, a ver... —Felipe levantó la mirada y contó uno por uno—. ¡Oh! Eran exactamente cinco, justo como nosotros. El grupo de amigos se encontraba jugando una partida de naipes en la sala de estar. Ya saben, el típico jueguito de mesa apostando dinero o cigarrillos. De pronto, sin previo aviso, el que se encontraba revolviendo las cartas miró hacia el fondo de la sala porque sí, y ahí estaba. Una tenebrosa sombra se encontraba parada mirándolos. La figura se encontraba estática, solo podía escucharse su respiración agitada, sus ojos... estos brillaban con el reflejo de la luz de la luna. “Qué demonios”, exclamó el *croupier* mientras repartía la baraja. Todos alrededor de la mesa dieron un enorme salto a causa del grito del chico y luego dieron media vuelta para corroborar qué era lo que había ocasionado tal grito, pero... ya no había nada. La sombra, en cuanto se percató de dicho movimiento corrió hacia la cocina...

Mientras el pelirrojo contaba su historia, la atmósfera de la habitación se tornó mucho más densa. En cuanto Felipe hizo mención de dicha entidad, se escuchó como si algo pesado corriera desde el pasillo hasta la cocina; posteriormente sintieron que abrían los muebles y botaban la loza. Un sonido de rasguños en las murallas invadió la sala de estar, se escuchaba como si un enjambre de personas viviera dentro de las murallas y trataran de romper-

las a arañazos. De forma paralela, podía escucharse una sonajera, todo un concierto de *heavy metal* en la cocina.

Aun así, Felipe prosiguió:

—Las personas que se encontraban en la mesa estaban asustados, no sabían cómo reaccionar ni mucho menos qué hacer en una situación como esa. Los truenos... estos solo hacían más lúgubre a la silueta humana que se acechaba desde el ventanal...

Eloísa miró instintivamente hacia el balcón, cerciorándose de que no hubiera nada ahí. Fue un grave error, ya que vio un encapuchado sentado sobre el barandal y se sumergió en un mar de horror: el hombre llevaba puesta una máscara de payaso. Esos ojos índigos que brillaban en la oscuridad se mantenían fijos en ella, eran oscuros y solo tenían brillo en el centro de las pupilas. El encapuchado vestía ropa oscura y una chaqueta de cuero.

En ese momento, la ducha del baño comenzó a sonar. La cocina, por su parte, seguía tronando como si alguien rompiera todo. Las paredes de la sala de estar rechinaban, como si las rasgaran desde dentro.

—Hermano, esto ya no es divertido. No me gusta tu historia, detente —pidió entre lloriqueos Esteban, mientras veía cómo Eloísa y Karin se encontraban petrificadas mirando hacia el Pierrot que se encontraba en el balcón.

—Bueno, bueno, todo sea por ti, Esteban —respondió Felipe, acariciando el cabello de su hermano.

Todo ruido o anomalía cesó, entonces se oyeron las carcajadas de Felipe, quien reía como un demente.

—Espera. ¿Cómo hiciste para que todo lo de la historia pasara? —pregunto Eloísa tratando de mantener la calma. El payaso que se encontraba parado del otro del ventanal ya no estaba.

—No sé a qué te refieres —respondió entre carcajadas Felipe—. Se asustaron tanto que comenzaron a imaginar cosas, creo que hasta mojaron sus pantalones.

—¿Puedo contar una historia yo también? —interrumpió la pequeña vecina, la cual se encontraba mirando a Felipe con rabia.

—No —respondió en seco el pelirrojo. Tal reacción extrañó a Eloísa, que no quería hacer sentir mal a la pequeña.

—Por supuesto, Karin, no tomes en cuenta a Felipe. Es un inmaduro —respondió Eloísa, alentándola a hablar.

—Adelante, has lo que viniste a hacer —dijo Felipe, con una mirada desafiante.

La niña no prestó atención a lo dicho por el pelirrojo y comenzó a recitar:

Guerreros de poder certero.

¡Levántense!

Y abran un agujero en el cielo.

Dancen para mí al nivel de mis hilos y sacien su feroz apetito.

La invitada había recitado unas extrañas oraciones, que en cuanto terminaron de ser dichas, hicieron explotar todas las ventanas del apartamento. Los muebles se pegaron hacia las murallas y, como si fuera poco, los presentes fueron lanzados en distintas direcciones de la casa: Eloísa quedó en la sala de estar, Esteban fue enviado hacia la cocina, José fue arrastrado hasta el pasillo, y Felipe se llevó la peor parte, siendo expulsado de la casa por una fuerza invisible.

Capítulo 2

La bruja y la bestia

— ¿En dónde se metió esa niña? —decía Eloísa mientras era jalada por una fuerza invisible y feroz hacia la muralla.

—Hermana, sálvame. No puedo moverme —gritaba Esteban desde la cocina, aterrado—. Esas manos... no me dejan. Por favor, tengo mucho miedo.

Un amenazante silencio cubrió un par de segundos el apartamento de los horrores. Fue como una reverencia, o tal vez una ofrenda que fue sustituida por unos desgarradores gritos, los cuales provenían desde las murallas, simulando a dos personas encerradas dentro de estas. Era una sensación asfixiante. De un segundo a otro, el agarre del pequeño Esteban cesó, permitiéndole ver a José a su lado. Se encontraban en la cocina.

Eloísa, por su parte, en cuanto se dio cuenta que el agarre había cesado, trató de levantarse lo antes posible para prestarle ayuda. Fue entonces que un encapuchado salió desde el final del pasillo del apartamento e hizo a Eloísa a un lado para saltar por la ventana rota.

Felipe no estaba bien, había sido lanzado fuera del apartamento. Un par de rasmillones por aquí, un tobillo torcido por allá y un hombro dislocado eran lo menos preocupante en aquella situación. La misteriosa niña se encontraba parada a solo cinco pasos frente a él, cinco pasos era la distancia entre el pelirrojo y la aterradora pequeña.

—Sebastián se hubiese adelantado a ese movimiento —dijo ella con la cabeza en alto.

—No me extraña... llevas la peste en todo el cuerpo, bruja. Y no hablo del perfume barato que andas trayendo —contestó Felipe, tratando de levantarse del piso. Sonrió, limpió sus ropas y miró a la niña.

Era obvio lo que estaba pasando: el pelirrojo la estaba retando a que le diera una respuesta. Tal acto fue malinterpretado por la bruja, quien no perdió un segundo más y transformó su cuerpo: creció dos metros, su piel se llenó de costras y escamas húmedas, sus uñas se alargaron como filosas garras y la cabeza se dividió desde la boca, desencajándose sobre otra silueta que no se podía ver bien. Su plan no era solo causar miedo, sino mostrar su enorme poder y poner al pelirrojo en su lugar. Luego de esto, la bestia abrió más su boca, dejando ver unos tenebrosos ojos bancos, un segundo cuerpo que vivía dentro de ella.

—Eres un hueso duro de roer, mocososo. No bajas la guardia ni siquiera con tu familia —dijo la bruja, asomando su cuerpo.

Mientras hablaba la bestia, esta se acercaba de forma amenazante hacia Felipe, quedando así frente a frente y acariciándole la cabeza con sus horrorosas garras.